

LIBRO III.

MIÉNTRAS desasosegado el tirano se encerraba en su fortaleza y la rodeaba de tropas, el infeliz Gemmi vagaba desolado, y con gritos lastimeros pedía que lo llevasen con su padre. Rechazado por los brutales soldados, corría en rededor de las murallas del fuerte, dando al viento sus quejas en lloros y gemidos.

Clara, detenida en el palacio, durante la espantosa escena, se escapó al fin, y buscó á Gemmi por todas partes. No bien lo descubrió, cuando corrió á sus brazos y procuró consolarlo. “Mi padre está preso,” le dijo, “mi padre va á ser asesinado. Oyeme, Clara, he perdido toda esperanza de unirmele en su calabozo, de acompa-

ñarle, de morir con él. Voy, pues, á recurrir al único medio que me queda de salvar su vida. Voy á Underwalden, comunicaré á tu padre el peligro de su amigo: Meletal tiene valor, tiene armas, tiene amigos, y vendrá á salvar á mi padre. Tú, mi buena Clara, volverás á unirme con mi madre, dile lo que ha sucedido y lo que voy á hacer. Anda, Clara, consuélala, dile que no volveré sin Meletal—pereceré ó volveré á mi padre, entónces tu, en mi lugar, quedarás al lado de mi madre. Dijo, y partiendo al instante, á paso precipitado salió de la ciudad. Clara tomó el camino de la cabaña de Tell, donde el anciano Enrique y la virtuosa Edmea, léjos de sus hijos é ignorando lo que les hubiese acontecido, pasaban el tiempo en estéril ansiedad. Clara que llegó pálida, aterrada y llorosa, aumentó la inquietud de Edmea. Se levantó y saliendo á su encuentro, preguntó: “Gemmi, ¿dónde, dónde está Gemmi?”

“Vive y está en libertad,” contestó Clara in-

mediatamente, echándose en los brazos de su anciano abuelo. Lo, abrazó lo mismo que á Edmea y con voz entrecortada les refirió lo que habia hecho Gesler, como ellos habian sido llevados de la prision á su presencia, y la terrible prueba porque habian pasado el padre y el hijo. No sabia mas sino que Guillermo estaba cargado de cadenas y que Gemmi habia ido á ver á Meletal y á suplicarle que salvara á su padre. Tell estaba amenazado de muerte—así lo habia jurado el gobernador.

Al oír esta narracion, desfalleció el corazón de Edmea, y cayó casi sin sentido en el asiento de que se habia levantado. El anciano, enteramente fuera de sí, prorumpió en dolorosas lamentaciones. Quería que su hijo fuera á verlo, que combatiera á su lado y que salvara á Tell ó pereciera en la demanda. Clara dejó al anciano y procuró consolar á Edmea, pero sus esfuerzos apenas podian dar algun alivio á las penas de aquellos desgraciados.

Al fin, despues de los primeros momentos de un pesar tan profundo y tan desgarrador, el anciano Meletal, volviendo en sí y recobrando su valor y su prudencia, tomó á Edmea las manos y estrechándolas contra su corazón, le dijo: “No llores, virtuosa amiga, no pierdas en llorar el tiempo precioso que podemos aprovechar de otra manera. Gemmi ha ido á Underwalden. Dentro de pocas horas traerá á mi hijo. Conozco á Meletal; seguro estoy de que él y sus amigos esta misma noche se pondrán en camino para Altorf. Mañana al amanecer habrá llegado y no omitiré esfuerzo para salvar á Tell. Pero tal vez sus amigos, pocos en número, no bastarán para esta empresa. Yo tengo amigos en Altorf, yo mismo voy á excitar su calor y á inspirarles entusiasmo. Me guiarán al mercado á la hora del alba y me pondrán en medio del pueblo, entónces hablaré, mostraré las heridas, frescas todavía, que me ha hecho el bárbaro Gesler. Les enseñaré vacías estas órbi-

tas de donde por su feroz mandato me han arrancado los ojos. Mi ancianidad, mis canas, mis vestidos aun cubiertos de sangre, las lágrimas de mi nieta desvalida darán valor á mis palabras. Espero que el pueblo—de ello estoy seguro—se levantará á vengar mis agravios, y aumentará el número de los amigos que me sigan. Mi hijo y el tuyo se unirán á nosotros, y encontrando tropas dispuestas á combatir con ellos, atacarán la fortaleza. Yo estaré en lo mas recio de la pelea, para alentar á nuestros valientes, yo les gritaré ‘¡Venganza!’ Llenaré el aire con esta palabra y con los nombres de Patria y Libertad. Y si no puedo seguirlos, ellos me conducirán, me llevarán al lado de tu esposo, á quien volverémos á tus brazos. Sí, yo no dudo del éxito; Dios que me da valor, promete ya la victoria á mis esfuerzos. Ven, hija mia, partamos desde luego. Ven, dame mi baston y préstame el sosten de tu brazo. La noche se acerca, ven, la noche nos protegerá.”

“Apruebo tu proyecto,” contestó Edmea, “y yo misma te serviré de guia; pero ántes de que partamos, dignate escucharme y darme tus consejos. He sabido, tiempo ha, aunque no por mi marido, que tiene formado un proyecto para emancipar á su patria. Sus secretos viages á Schwitz, á Uri y á Underwalden, el acopio de armas que tiene ocultas, sus ausencias nocturnas y los profundos pensamientos que su semblante revelaba, me han convencido mucho ántes de ahora de que Guillermo está al frente de la conspiracion tramada contra nuestros tiranos en los tres cantones. No sé quiénes sean los otros caudillos, pero no puedo dudar de que hay otros, de que han fijado el tiempo de obrar y de que entre sí han convenido una señal. Cuál sea esta señal, no lo sé; pero el otro día quedé como deslumbrada por el fulgor de un relámpago al oír una palabra que se escapó á mi marido. Esta palabra y otras por el mismo estilo, me han hecho sospechar, me han hecho creer que la señal con-

venida consiste en encender un haz de leña en la cumbre de esta montaña. Poner ese haz de leña esta noche requiere mas tiempo y mayor fuerza que la nuestra, y con todo, una voz secreta me está diciendo que si por algun medio pudiéramos encender esa lumbrada, los amigos de mi esposo, tomándola por su señal, apresurarian su salvacion y su libertad. Aconséjame, Melctal; mi débil mano se atreveria á poner fuego hasta á la cabaña en que vivimos, pues está en la parte mas elevada de la montaña y produciria una llama que seria vista por los habitantes de los tres cantones. ¿Qué vale mi cabaña, qué cuanto poseo, comparado con la vida de mi marido? Si lo salvo, hallarémos albergue en tu cabaña; si él perece, una tumba bastará para los dos.

Habiendo Melctal aprobado este proyecto, Edmea tomando un monton de ramas secas, lo encendió en el hogar, esparció en su derredor la leña ardiendo, y atezándola con su propia mano,

vió sin dolor que las llamas devoraban la cuna de su hijo y su lecho nupcial. Cuando estuvo segura de que el fuego no habia de apagarse, se tomó del brazo de su anciano amigo, que apoyándose en ella, bajó la escarpada montaña, y ámbos se dirijieron hácia Altorf.

Llegaron á la amedrentada ciudad, donde reinaba el mas profundo silencio—ningun ruido percibian el anciano, la tierna esposa y la desdichada niña, cuando fueron á llamar á la puerta de uno de sus amigos. Entretanto, la llama encendida por la mano de Edmea se extendia con rapidez, levantándose hasta la paja que techaba la cabaña. Pronto ardió todo el techo y las llamaradas de la paja aumentaron el incendio, que difundiendo un siniestro resplandor; podia verse desde mucha distancia. Verner lo vió desde Schwitz, el impaciente Melctal, á quien aun no se presentaba Gemmi, saltó de gozo al ver el fuego, y Furst en las montañas de Urseren, no dudó de que Tell, á la cabeza de los valientes habitan-

tes de Altorf, estaba aguardando que obedeciera á la señal.

Estos tres caudillos se armaron casi en el mismo instante, salieron de sus casas para reunir á sus fieles partidarios, y los sublevaron en nombre de la libertad. Sus amigos, dejando las dulzuras del sueño, tomaron las armas, se reunieron en silencio, y se formaron en batallones. De tres puntos diferentes y casi á la misma hora, estos tres jefes emprendieron su marcha sobre Altorf, seguidos de tropas que compensaban su escaso número, con su valor y su resolución de morir ó de salvar á su patria.

Todos avanzaban impulsados por su impaciencia. Temían que las nieves, los torrentes, los precipicios retardaran su marcha y los hicieran llegar demasiado tarde á la fortaleza que habían resuelto atacar y quitar al tirano.

Pero Gesler, cuyos temores jamás se adormecían, alarmado por las señales de rebelion que habia observado en la multitud, recelando perder

a su prisionero y temblando por su propia seguridad, habia tomado muchas precauciones, de las que cada una bastaba para burlar á sus valientes enemigos. Al anochecer de aquel día, considerando que la fortaleza llena de soldados, no tenia provisiones suficientes para un largo asedio; temiendo, no que tan fuerte ciudadela fuese tomada, sino que sus comunicaciones con el resto del ejército pudiesen quedar interceptadas, llamó á Sarnem para darle nuevas órdenes.

“Amigo,” le dijo, “voy á dejar esta plaza, de cuyo mando te encargarás durante mi ausencia, y mis valientes soldados no obedecerán mas que á tí. Voy á traer refuerzos para intimidar á ese pueblo vil y castigar sus insolentes murmuraciones. Traeré una fuerza que en breve reprima á esa raza de esclavos. Haz que alisten una barca en la que pondrás al temerario Tell, tan luego que anochezca. Debe ir cargado de cadenas y custodiado por cincuenta soldados;

yo mismo lo conduciré á la fuerte torre de Kusnach, al otro extremo del lago de Lucerna. Allí estará más seguro que en este sitio, hasta que volviendo con nuevas tropas de Altorf, pueda yo enseñar á sus habitantes, con los largos tormentos de este hombre, lo que ganarán si se atreven á insultar á su gobernador.”

Orgullosa Sarnem, al verse escogido para mandar en lugar de Gesler, se apresuró en cumplir sus órdenes. La barca estaba lista, cincuenta arqueros escogidos fueron llevados por el mismo Sarnem á la puerta del calabozo de Tell. El héroe, que apenas podía moverse bajo el peso de sus hierros, fué entregado á estos arqueros que lo llevaron silenciosamente á la playa luego que la noche tendió su manto sobre la tierra. Gesler, que habia llegado solo y disfrazado, los estaba aguardando con impaciencia. Hizo que el cautivo fuera arrojado en el fondo de la barca, y colocando á los arqueros en su derredor, se sentó en la proa, y dando despues vino y dinero

á los soldados, se alejaron cautelosamente de la orilla.

La barca surcó las ondas, el aire estaba sereno, el agua tranquila, y las estrellas centelleaban brillantes en el cielo. Sopló un ligero viento del sur que secundó los esfuerzos de los remeros y templó el rigor del frio, que de otro modo en aquella estacion hubiera sido insoportable con el aire de la noche y los hielos que al lago circundaban.

Todo favorecia los deseos de Gesler: habiendo atravesado el corto espacio del primer lago de los euatro cantones, dirijió la barca rumbo á Brummen para atravesar el estrecho y pasar al segundo lago. Tell, en todo este tiempo, agobiado en sus cadenas y tendido en medio de su guardia, distinguió al lado izquierdo las desiertas rocas de Grutti y la caverna en que la noche anterior él y sus amigos habian combinado la libertad de su patria.

Ante este espectáculo, y ante los recuerdos

que suscitaba, desfalleció su valor y sus ojos se humedecieron de lágrimas, avergonzándose de llorar. Limpiándolas al instante, y volviendo la cabeza, levantó los ojos al cielo que parecía haberlo abandonado. En aquel mismo instante vió extenderse del lado de Altorf una luz rojiza, que iba creciendo hasta formar una larga columna que se elevaba sobre Uri. Le saltó el corazón al ver el incendio, pero no podía comprender cómo se había dado la señal, cuando á nadie había revelado el secreto. Temiendo alguna equivocación, volvió á ver y se convenció de que la llama procedía de la montaña en que estaba su cabaña. Dió gracias á Dios, aunque no comprendía si aquello era ó no un bien,—ni por un momento creyó que este suceso le salvara la vida, sino que había de producir la libertad de su patria; y este pensamiento lo hizo olvidar su propio peligro.

Gesler y sus sátelites vieron tambien aquel incendio. Se lo señalaron unos á otros admira-

dos; pero atribuyéndolo á algun accidente no manifestaron interés por una desgracia que solo podia perjudicar á sus enemigos. Gesler, impaciente por terminar su viage, mandó á los remeros que redoblaran sus esfuerzos.

La barca navegó hácia el Oeste, pasó el estrecho y se deslizó sobre las profundas aguas del peligroso lago de Underwalden. Allí de repente el viento del Sur dejó de favorecer á la rápida barca. Los vientos del norte y del Oeste turbaron la serenidad de la atmósfera. El Norte suscitando una borrasca, levantó las olas como montañas, y las arrojó á azotar á la barca, donde se estrellaban, y redoblando sus ataques, la obligaron á ceder á su violencia. Desviándose de su ruta, á pesar de los esfuerzos de los remeros, se dirigió hácia la costa, en tanto que el viento del Oeste impeliendo las nubes, la escarcha y la nieve, cubrió el firmamento de un velo funeral, extendió las tinieblas sobre las aguas, y golpeando los rostros y las manos de los remeros con dardos

helados, los redujo á la inaccion, y obligándolos á cerrar los ojos, les ocultó la vista del peligro. En breve se llenó la barca de hielo y de nieve, y el viento furioso, sin dejarla andar, la hizo girar rápidamente sobre su quilla, la suspendió sobre las ondas espumosas, y abandonándola por algun tiempo parecia que iba á sumergirla en el fondo del lago.

Los soldados pálidos y asustados, viendo cercana la muerte se arrodillaron implorando el favor de Dios, de Dios á quien hacia tanto tiempo habian abandonado. El bajo Gesler mas cobarde que los demas iba de uno á otro barquero prometiéndoles sus tesoros si le salvaban la vida. Confundidos é inmóviles solo le contestaban con su silencio. El llanto, el llanto desgraciado de la debilidad y de la cobardía vendó por vez primera los ojos del feroz Gesler. Cier to de que se acercaba su fin, veia que ni sus riquezas, ni su poder, ni sus tormentos, ni sus asesinos habian de salvarlo de perecer en las

aguas. Lloró, deseó la vida y olvidó su sed de sangre.

Tell, tranquilo donde se le habia puesto, y tan impasible á los gritos de los soldados, al estruendo de las olas, y al rugir del Boreas desencadenado, como si estuvieran contemplando la caverna de Grutti, aguardaba sereno la muerte considerando solo la ventaja que habia de redundar en favor de su país de la muerte del tirano.

Escuchaba con desdeñoso silencio los gemidos y lamentos de Gesler, cuando uno de los barqueros repentinamente dirigió al gobernador estas palabras: "No podemos ya dirigir la barca en medio de las olas, el Norte la empuja hácia la playa, donde se estrellará contra las rocas. Solo hay un hombre, el mas famoso, el mas diestro de los tres cantones en afrentar las tempestades de los lagos, que sea capaz de salvarnos de la muerte que nos amenaza. Y este hombre está aquí, está en la barca cargado de cadenas. Es-

coge, Gesler, escoge pronto entre la muerte y su libertad.”

Gesler se estremeció. Todavía en su alma cobarde su odio á Tell luchaba con su amor á la vida; vacilaba, no se atrevía á contestar; pero los ruegos, los clamores de soldados y barqueros que le pedían que les salvara la vida, devolviendo la libertad al prisionero, el temor de ser desobedecido si rehusaba, y la furia creciente de la tempestad, decidieron al fin al inconstante Gesler; “Quitadle las cadenas!” dijo, “le perdono todos sus crímenes y le concedo la vida y la libertad, con tal que su destreza nos saque á puerto de salvamento.”

Soldados y marineros se apresuraron á desatar á Tell, le quitaron las cadenas, y él levantándose, sin hablar una palabra se apoderó del timon. Guiando la barca con su mano, como un niño dobla á su voluntad la flexible varilla con que juega, opuso su proa á ámbos vientos, y cortando así su fuerza los mantuvo constantemente

equilibrados. Aprovechando un momento de calma, paso como un relámpago de la proa á la popa, mantuvo la barca en la única dirección que podía salvarla, mandó á los barqueros que volvieran á tomar sus remos, y dirigiendo su trabajo, avanzó dominando los vientos y las olas hasta el estrecho á donde deseaba volver. La oscuridad impidió á Gesler conocer que iba retrocediendo al lugar en donde había comenzado su viaje.

Guillermo continuó su maniobra, la noche estaba á punto de terminar; pero ya habían vuelto al lago de Uri. Vió la expirante llama de la señal dada en la montaña de Altorf. Aquella luz había sido la estrella que lo guiara; conocía mucho el lago y costeaba sus rocas peligrosas, aunque se acercaba á la playa que rodeaba el canton de Schwitz. Pensó en Verner, creyendo firmemente que ya había emprendido su marcha y que la nieve que cubría los caminos lo obligaría á aproximarse al lado del lago. Con esta

débil esperanza, impulsó la barca mas y mas, y para aumentar el terror de Gesler y de sus soldados, fingió no saber á donde los habia arrojado la tempestad.

Al fin el oriente comenzó á enrojecerse y la tempestad á ceder, al despuntar la aurora. La luz del dia hizo descubrir á Tell las rocas inmediatas á Altorf ántes de que el tímido tirano tuviera tiempo de reconocerlas. Guillermo se lanzó hácia ellas con gran velocidad. Gesler, cuya crueldad renacia á medida que disminuia el peligro, observaba á Tell frunciendo el ceño. Deseaba, pero no se atrevia á volverlo á encadenar. Sus soldados y marineros pronto conocieron donde estaban y lo dijeron al gobernador, quien, acercándose á Tell, lleno de cólera y con terrible voz le preguntó por qué habia vuelto á llevar la barca á Altorf.

Guillermo, sin contestar, empujó la barca contra una roca muy cerca de la playa, y tomando rápidamente el arco y la flecha que un solda-

do tenia en la mano, voló como el relámpago de la barca á la roca, sobre la que saltó como un gamo, y trepó á otra peña que estaba mas cerca de la playa. La subió con paso firme y permaneci6 en la cima como el águila de los Alpes que posa sus alas sobre las nubes y desde allí clava sus ojos penetrantes en los rebaños del valle.

At6nito, el gobernador lanzó un grito de furor y de rabia, mandó á sus gentes que desembarcasen y cercasen la peña en que estaba el héroe. Fué obedecido, los arqueros desembarcaron y blandian ya sus arcos. Gesler, marchando con ellos, queria que todas sus flechas derramaran la sangre de su her6ico enemigo. Tell estaba preparado para todo,—se detuvo,—se mostr6 solo para atraer á sus perseguidores, y dejó que se pusieran al alcance de su arco mortal. Mirando ent6nces á Gesler, afirm6 su flecha en la cuerda, y apuntando al pecho del tirano, dispar6 su arco. El arma, silbando al volar, atraves6 el corazon de Gesler, quien cay6 vomitando ne-

gra sangre, y murmurando todavía palabras de odio y de furor.

Miéntas exhalaba su alma perversa en maldiciones, Tell habia ya desaparecido. Mas ligero que el ciervo se precipitó de la cima de la roca, corrió, voló sobre el hielo y atravesó las solitarias sendas que conducen á Altorf. Pronto descubrió en la nieve las huellas de los amigos de Verner, á quienes aquella misma noche habia sacado de Schwitz. Siguiendo estas huellas, pronto estuvo cerca de los patriotas, y su oído percibió gritos tumultuarios y el choque de las armas. Corrió al mercado y lo encontró todo ocupado por los tres batallones de héroes. Verner, á la cabeza de los guerreros de Schwitz, deseaba asegurar las entradas de la ciudad ántes de atacar el fuerte; Furst, con las valientes tropas de Uri, queria ocupar el puesto de mayor peligro; Meletal, con los bravos de Underwalden, blandiendo en el aire su hacha de batalla gritaba ordenando el asalto; Gemmi estaba á su

lado y armado de una larga lanza, pronunciaba el nombre de Guillermo, y excitando á los soldados á libertar á su padre, señalaba la distante prision en que aun lo suponía encerrado. El anciano Enrique y Edmea, mezclándose con los bizarros combatientes, andaban de fila en fila y de grupo en grupo, impulsándolos al ataque.

De repente apareció Guillermo en medio de los batallones. Oyóse un grito unánime, que repitieron los ecos de las montañas. Siguió un profundo silencio, todos esperaron las órdenes de Tell, y que él solo los guiara.

“¡ Amigos míos!” exclamó el héroe, “Gesler ya no existe. Este arco y esta mano han castigado sus crímenes como merecian. He dejado tendido su cadáver en la orilla del lago, rodeado de sus viles compañeros, á quienes el miedo ha puesto ya en fuga. Nuestra patria está vengada; pero no es libre todavía. No lo será miéntas quede una sola piedra de esa fortaleza tan odiosa á nuestra vista. Ataquémosla, pensando que es

la sola esperanza, el único recurso de los feroces austríacos. Suban juntas nuestras tropas, y comiencen el ataque los más valientes." Dijo, y tomando en una mano el estandarte de Uri y empuñando con la otra una hacha de batalla, se precipitó á la montaña. Furst y sus soldados lo siguieron; los hombres de Schwitz se lanzaron con impetuosidad; Meletal y los de Underwalden habian subido ya la mitad de la montaña, y Gemmi iba al lado de su padre.

Sarnem estaba preparado á recibirlo. Una nube de dardos y de flechas se desprendió al instante de los parapetos. Los sitiadores despreciaron estas flechas, y continuaron subiendo como si no encontraran resistencia. Así llegaron al pié de las almenadas murallas. Entónces, el terrible Sarnem, á una señal que dió á sus soldados, hizo caer de las trincheras masas de rocas y de piedras, seguidas de brea y de aceite ardiendo. Los héroes de los tres cantones eran derribados por todas partes. El aceite los consumia

debajo de sus ropas, y espiraban con espantosa agonía. Contuvieron la roca y lanzaron gritos penetrantes, pero todavía estos últimos gritos fueron víctores á la libertad. En medio de su agonía excitaban á sus compañeros á que avanzaran sobre sus cuerpos, sirviéndose de ellos como de escalas para llegar á lo mas alto de la muralla.

Los austríacos los insultaban en su desastre. Sarnem, mirándolos desde las murallas se burlaba de sus estériles esfuerzos. Con su presencia reanimaba el furor de sus soldados y con su valor prolongaba el espantoso ataque.

Guillermo en medio de los muertos y de los moribundos conservaba su habitual intrepidez; pero de repente, alarmado por el destrozo que sufrían sus soldados, se detuvo y llamando á Meletal, se reprochó la temeridad con que lo habia aventurado todo en un solo ataque. Rogó, mandó á su amigo que se apartara del lugar del combate, y que condujera á sus valientes á dar otro

ataque por el lado del este, mientras él y Verner redoblaban su furor para impedir que Sarnem notara este movimiento.

Melctal obedeció; Guillermo y Verner, renovaron sus señales, prorumpieron en grandes gritos y mantuvieron á Sarnem y á sus soldados ocupados en rechazar el nuevo asalto. Entretanto Melctal y los suyos volaron á la puerta del este y la encontraron débilmente defendida por una escasa guardia. Melctal derribó la puerta de un hachazo, le dió fuego, y en medio del incendio penetró á la fortaleza, con solo los valientes de Underwalden. Todos los austriacos cedieron á su valor, huyeron ó perecieron. Sarnem, empeñado en batir á Tell, oyó los gritos de los fugitivos y de los vencedores. Retrocediendo para encontrarlos, vió á Melctal. Rápido como el rayo, Melctal de un solo hachazo le dividió en dos la cabeza, y avanzando sobre las trincheras tremoló su bandera y clamó victoria. Pronto se le unió Guillermo, y el estandarte de

Uri ondeó triunfante en lo mas alto de la espantosa fortaleza.

Guillermo, Melctal y Verner, todavía sobre los cadáveres de sus enemigos, dieron fervientes gracias á Dios, y recibieron las aclamaciones del pueblo que acababan de emancipar.

Presto fueron sacados del fuerte los cadáveres que lo llenaban. Los habitantes de los tres cantones se agruparon en torno de sus caudillos y los llevaron en medio del pueblo de Altorf, que de todos partes acudia á contemplar á sus libertadores y á encomendar á su genio, á su valor y á su prudencia la defensa de la libertad.

Pero Guillermo impuso silencio y habló en estos términos :

“ ¡ Ciudadanos ! ya sois libres ; pero esta libertad tan cara es mas difícil de conservar que de conquistar. Para adquirirla basta el valor ; para guardarla se necesita una integridad austera, invariable, invencible ! Precavéos del orgullo de la victoria ! Abstenéos sobre todo de lisonjear

á los que la han ganado con vosotros. Hablais ya de hacernos vuestros jefes; pero la recompensa que anhelo por mis trabajos, el único deseo de mi corazón, es confundirme con mis compañeros de armas, es volver á participar de esa igualdad, que tiene el mas puro y el mas suave de los encantos para los corazones republicanos. Amigos, en una república todos debemos sernos útiles los unos á los otros, pero ¡ay del hombre que crea que sin él no podemos existir! Y ¡ay del pueblo que no castigue tamaña presunción!

“Reuníos para deliberar sobre vuestros verdaderos intereses y sobre vuestra suerte futura. Haced leyes, porque sin leyes ¿qué seria de vosotros? Conservad la pureza de vuestras costumbres, y procurad que sean todavía mas severas. La libertad no puede existir sin la virtud. En cuanto á mí, compatriotas, solo pido, solo aceptaré de vosotros el título de hermano y el derecho de combatir á vuestro lado. Preparáos

para nuevas batallas. Acordáos de que el emperador ha de procurar recobrar el cetro que hemos hecho pedazos. Preparáos á resistirlo; preparáos, pues, á combatir. Fiad en Dios y en vuestro valor, pero invitad á los otros cantones á que vengan á participar de vuestras victorias. Si no me engaño, gustosos acudirán á vuestro llamamiento, y entónces uniendo vuestro trabajo, vuestra virtud y vuestro valor, formaréis una república que llegue á ser el terror y la admiración de la Europa. Los reyes, entónces, implorarán vuestra alianza como un favor, y no se juzgarán invencibles sino cuando tengan á los suizos por defensores. Entónces al disfrutar la gloria de ser valerosos y prudentes, preferiréis la de ser libres y felices.”

Dijo, y todo el pueblo lo aplaudió, procediendo inmediatamente á la elección de magistrados. Tell, Verner y Melctal volvieron á la condición de simples ciudadanos, y en recompensa de sus hechos insignes recibieron una co-

rona de encina. Volvieron á su vida pacífica, y su nombre se conserva en la historia de un pueblo que doscientos años resistió los esfuerzos del imperio, y en sus victorias cimentó sus libertades.

ANDRES HOFÉR,

EL TIROLÉS.